



ARENKA BURLESCA,

En la cual se da zurra à las mugeres y estudiantes, à los tuertos y à los calvos; compuesto por un doctor de secano.

Al subir esta escalera,
 una vieja embustera,
 con mas repulgos que panza de carnero,
 y haciendo con la boca un gran puchero,
 me dijo, que dixera,
 (arriscándome en todo la montera)
 que si alguna persona
 (de manteo, golilla ò balona)
 por suerte hubiese hallado lo siguiente.....
 Denme ustedes lugar á que lo cuente.

Si no me acuerdo mal, fue lo primero
 un taleguillo, que es la piel de un perro,
 y en sus entrañas embaynado
 un ojo negro y grande de un pescado;
 con seis cabezas de ajos amarillos,
 y de cierto ahorcado las costillas.
 Ítem, un papel viejo,
 que contiene unos pelos de conejo;
 seis habas gordas y descortezadas
 (de hechos tengais los lomos à patadas);
 un cedazo sin tela
 que lo heredó la dicha vieja de su abuela;
 cien manojos de esparto,
 con la cabeza y huesos de un lagarto;
 seis sesos de mosquito,
 una corozca, un compás, y un sambenito.

Les ruego à mis oyentes
 (asi quebrados vea yo sus dientes)
 que à esa vieja pelona,
 que esta noche ha de ir à Barahona,



restituyan sin detencion alguna
aquestas bruxerías una à una.

Si acaso inobedientes, con malicia,
no vuelven estos trastos por justicia,
ha jurado la vieja veterana,
que han de baylar en cueros la pavana.
Con que asi, pieles mios,
serán muy contumaces desvaríos,
no volver por instantes
todas estas alhajas relevantes.

INTRODUCCION.

Sea labado siempre y satisfecho
este cochino de mi lado drecho,
y aquella tuerta, que medio gruñendo
de esta mi arenga allí se está riendo,
permita mi auditorio,
que pueda despacharla al locutorio,
que las tuertas en todas ocasiones
suelen abotonarse los calzones.

*Per signum botifarrorum,
per omnia secula seculorum.
Mulieribus bruxatis
semper homo tentatis.*

Aquestas, pieles mios, son palabras
del señor mi señor Descuerna cabras,
que en sus varios conceptos diligentes
se hallaron todo genero de gentes;
y hablando de mugeres (con doctrina
de un autor que tenia mal de orina)
dice, que la muger es comparada
al rechinante filo de una espada,
que sia ton y sin son, rienda ni freno,
corta, abrasa, introduce su veneno.

Comprueba esta evidencia
un antor muy raspado de Valencia.

Digo pues, ò llagados pieles mios,
que aunque me lo tengais à desvaríos,
he de hablar esta noche mil verdades,
que lo tengais ó no por liviandades.
Atended: la muger y su nobleza
no son sino un archivo de vileza;
y dice aquí el doctísimo Macario,
segun su repertorio ò kalendario,
que es la muger de vicios gran sentina.
O si à todas les diese mal de orina!
Y para que veais, señores mios,

si son, ò no, estas cosas desvarios,
habeis aquí de oír muy de repente,
que es la muger la mas infame gente,
la ruina y perdicion de todo el mundo,
sabandijas inmundas sin segundo.

Y allá no en valde dixo Don Quixote,
(cuando en su rocínante andaba al trote)
tuvo con Dulcinea bien que hacer;
y todos tienen hueso que roer.
Maledictorum mulier. Qué es aquesto?
maldita la muger? donoso texto!

Dice el necio Gigotes,
que à la muger no salen los vigotes,
y que fue en la primera por manía
aprender à tocar la chirimía:
à cuyo dulce son que se celebra,
se arrió por un lado una culebra;
miróla y remiróla,
y luego armó con ella gran parola.

Ah, ah, muger maldita!
por hablar te se cae lo pepita!
pues no fuera mejor, vil avestruz,
que al diablo hubieras dado con la cruz?
Pero tened, que cruces aun no habia;
pues le hubieras cantado una folia;
mas con tal de lograr tú tus antojos,
qué te se dió que dieramos de ojos?

Hablóte pues primero la culebra,
segun me lo contaron en Ginebra;
pero dice un pesado majadero,
que la muger sin duda habló primero.
Y siguiendo los mismos pareceres,
digo que empiezan siempre las mugeres:
pues como son tan viles sabandijas,
siempre van por rendijas,
por ventanas, balcones y terrados,
como grajas malditas de los prados.
Mal cohete borracho con sus chispas
les abraze la lengua à estas abispas!

Viéndola la serpiente tan ayrosa,
conoció ser golosa y mentirosa.
La probó en el mentir, y al verla diestra,
la graduó al instante de maestra,
dando fe y testimonio,
que miente la muger mas que el demonio.
Pidió favor y ayuda en una empresa,
(el alma esta memoria me atraviesa):
ofreció la muger sus bruxerías,

y tocando el diablo las folias,
agarró luego al punto una manzana
(ojalá hubiera sido partesaña;
que no la hubiera por mi fe tomado,
ni Adan menos se hubiera estomagado.)
Díjole pues: comiendo de esta fruta,
vivirás siempre hermosa è incorrupta.
Ella sin mas razones,
atacándose allí bien los calzones,
y como si tocára la pavana,
como un cohete bien alquitranado,
fue à buscar al marido, y decontado
le rogó que comiese de la fruta.
Y él, que huyó siempre de tener disputa,
comió; mas la manzana en el gáznate
se atascó: y conociendo el disparate,
sentia con el llanto ya en los ojos
(advirtiéndole en la muerte los despojos)
que su propia muger, è la serpiente,
le engañaron así tan fácilmente.

Dixo bien un autor, en la manía
de hallarse renegando de su tia,
que es la muger; aun mas que la serpiente,
capital enemigo de la gente.
Y así à todas taparles el resuello,
y toquemos con ellas à degüello,
lluvias de garrotazos y pedradas,
deshaciendo sus lomos à patadas.

*Mulier maledicta est semper porcatís,
degollabuntur omnes per gáznatis.*

Aquestas son palabras
del citado doctor Descuerna cabras;
y siguiendo, mis pieles, este tema,
à todos he de hacer una apostema.
Se pensarian ellas las muy puercas
(asi que se volviesen todas tuertas)
que este cuento se habria ya acabado!
Pues sepan que todavia no ha empezado;
y he de dar à entender à las taymadas,
ser todas unas puercas rematadas.

Dixo el doctor Quintana,
al tiempo que se hechó por la ventana,
que las mugeres es gente muy pedorra,
y que como borregas con modorra,
à fin de que tengamos bien que oler,
no paran un instante de peder.
Qué es esto, musa mia!
en pedos se convierte esta folia?

Sí, pieles mios, sí; porque el poeta,
aunque le deseéis tenga cagueta,
os ha de hacer lamer con gran donayre
la finta que se esparce por el ayre,
y sus bellos olores y matices
se encaraman al punto à las narices.
Aquí detrás quisiera, oyentes mios,
que escuchárais aquestos desvaríos.

Sabreis pues, como arrojan las mugeres
(punzonazos en ellas, agujas y alfileres)
cinco suertes de pedos, de los enales
los nombres lamereis y los señales.
Los primeros, nos dicen que son dobles;
à los segundos llaman entredobles;
dan nombre à los terceros de sencillos;
los cuartos son dichosos al oillos;
los quintos se apellidan desgraciados,
y es, porque los disparan licenciados.

Por los dobles empieza mi manía,
por ser gente de grande gerarquía.
Vereis que cuando es gorda una muger
(aquestas nos dan mucho en que entender)
y en la cama se está larga y tendida,
empieza à disparar su artillería;
y al primer cañonazo que dispara,
retumbarán las ubas de una parra:
y la pólvora como sale por estrecho,
no deja telaraña en todo el techo,
que no rebiente de seis mil maneras,
ataseándose bien las vigoterías.

No tan gorda vereis otra muger
(que algo magra de caderas viene à ser)
y en soltando el tún tún de su nublado,
parece llueven piedras decontado.
Tan fuertes no son, como los dobles,
y pasan con el nombre de entredobles,
que vecinos son ya de los sencillos;
y así escuchad, y empezareis à oillos.

Son los pedos sencillos tan mamantes
(esto lo prueban así los estndiantes;
y aun añade el muy docto Juan Rebientes,
que al probarlos, se quedan entre dientes.)
Estos pedos sencillos que he nombrado,
y que ustedes de olerlos han gustado,
los disparan mugeres ya mas flacas,
y enfadan de ordinario sus matracas.
Ustedes ven aquella que me mira?
pues ahora soltó la chirimía;



yo digo que soltó la chirisuya,
segun que por detrás siento que ahulla.
Con mucha honestidad se está peyendo,
pues que su serpentín le está gruñendo;
y es, que como las flacas comen mucho,
que al cocerlo, calor les falta, escucho:
regüeldan por abajo y por arriba,
disparando con poca retentiva.

Son los pedos que siguen, los dichosos:
de estos yo pienso que hay muchos golosos,
y mas estos oyentes que me esperan,
à ver si de tal fruta bien se enteran.
A una dama verán, que en el estrado,
porque un ratón las patas ha' asomado,
con el pasmo y monfioflo, ò con el miedo,
se les suelta algún preso (y si no, un pedo)
tan tierno, tan monito y ayrosito,
que acudiendo al instante un pagecito,
le pregunta, si acaso se ha hecho mal,
ò es caso necessita algún cordial?
A este tiempo se acerca una criada,
balbuciente, confusa, congojada,
y le dice: señora, yo quisiera,
que el doctor Sancho Panza aquí estuviera,
y que à ese pedo le tomara el pulso;
porque segun yo hallo en mi discurso,
he reparado huele à huevos fritos,
y otros tres mil potages esquisitos.
Y luego otro criado,
que allí estaba suspenso y mesurado,
quitada la montera y de pie drecho,
le dice: señorita, buen provecho;
por muchos años que use de esas mañas,
y arroje por detrás tales castañas.
No queda en fin ni page ni criado,
que bien no roa el pedo mencionado.
*Manducaverunt pedorum,
de afluxabantur colorum.*

Son, pieles mios, las palabras dichas
de un autor muy afecto à las salchichas,
que por ser indigestas las ahogaba
con el licor que se halla en la almadrava.
Este autor pues refiere en sus escritos,
que hay géneros de pedos infinitos:
y unos huelen à cuernos (que te metan)
otros à que te saquen, que rebientan;
y oponiéndome en todo à esta doctrina,
digo, que la que tiene mal de orina,

no pee: lo mas que hace, es degollarlos,
porque vayan ustedes à mamarlos.

Hablaré de los pedos desgraciados,
que los suelen soltar los licenciados:
que como comen brodio de convento,
matarán sus olores à un jumento;
y por lo que retienen de latinos,
se ponen à arguir con los vecinos.
Los tales que no entienden de latines,
escuchoando el rumor de tamborines,
el uno dice: bueno

es para hacerte son un lindo cuerno.
Y otro con las narices bien tapadas,
no te cosan (esclama) à puñaladas,
pues tal gazonia en ese cuerpo echaste!

Oyendo otro vecino este desastre,
dice (la mano puesta en las narices):
à fe pues que este olor no es à perdices,
sino à bayonetazos que te peguen;
fuego de san Anton, y qué tal hieden!

Otro en fin, rebentando de furioso,
con sus largas narices de goloso,
agarrando el tal pedo entre los dientes,
y renegando de los adherentes,
empieza con puñales y escopetas,
con fusiles, pistolas, bayonetas,
alacranes, serpientes y dragones,
lanzas, chuzos, espadas y rejonos.

Señores, ¿esta no es cosa inhumana,
que le echen à un pobrete con sotana
toda esta multitud de maldiciones,
por haberse pehido en los calzones?
Por cierto es fuerte empeño,
no ser de sus calzones uno dueño;
y que esté así sujeto un pobre pedo
à que con furia y rabia un espadero
le ajuste sus espadas y conteras,
sin ahorrarse con él las vigoteras!

Ha triste suerte y lance flatulento!
Mas si me viene acaso al pensamiento
la gana de peerme en algun corro,
he de dejar el pedo tan chamorro,
que ni siquiera orejas han de verle;
pero en verdad que ustedes han de olerle;
y tengan sufrimiento ò no le tengan:
que aunque mas maldiciones me prevengan,
cuando gana me dé de abrir la boca,
olerán las narices la macoca.

Macoca dixes? ; No fuera mejor decir castaña,
y entendieran mejor la musaraña?
pero de todos modos
esta folia ya la saben todos.

Hasta aquí, estupendos pieles míos,
han podido llegar mis desvaríos.
Solo suplico ahora à mi auditorio,
que si ogaño tragere el reportorio,
que puede calvo alguno ser honrado,
cojan al reportorio decontado,
y que lo disparen puerta afuera,
à contarle mentiras à su abuela;
porque todo hombre calvo, he discurrido,
tiene lindas señales de judío.
No hay calvo, señores, con buena condicion,
porque con el pelo se les cae la razon,
segun dicen autores muy raspados;
aunque lo contrario alegan sus aliados,
sin considerar bien los muy bolonios,
que es un calvo peor que mil demonios.
Y aun por eso se quejan sus mugeres
(siguiendo en esto varios pareceres,
y concuerdan todos) de que pasa
el purgatorio cada una por su casa;
pues si en la penitencia se entretienen,
la cruz y calavera ya la tienen.
Tambien dice el doctísimo Cartucho,
que todos son archivo de malicias,
y por eso se llevan las albricias
en contarnos embustes è invenciones.
No gastan faltriquera en sus calzones,
porque el dinero saben empuñar,
y lo esconden, que no lo hallará un galgo.

Si dice, hacen los tuertos cosa à diechas,
clávenle en un costado cuatro flechas:
porque tal reportorio mentiroso,
(ola, à no ser de algun autor mocoso)
es justo que se queme incontinente,
porque no nos abone la tal gente.

Ustedes perdonarán estas folias,
y el que tocar supiere chirimias,
celebre de esta arenga los donayres,
si no, echará à volar por esos ayres;
porque aunque estoi ahora sin balona,
hoy me la han de traer de Baraona.

F I N.

*En Valencia: Por la Hija de Agustin Laborda, en la Bolsería, núm. 18.
en donde se hallarán otros diferentes, año 1822.*

